

RESEÑAS

SEYMOUR MENTON, *Historia crítica de la novela guatemalteca*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1960.

“La novelística guatemalteca —escribe Menton— merece un estudio monográfico tanto por su cantidad como por su calidad. Tal estudio comprobará que la novela guatemalteca tiene dignos representantes en todos los períodos del desarrollo de la novela hispanoamericana y también señalará ciertas características que la hacen inconfundiblemente guatemalteca.” (p. 5).

Seymour Menton ha realizado con notable éxito ese estudio monográfico que era ya indispensable; ha procedido con método riguroso, objetividad y buen acopio de conocimientos no sólo de la novela guatemalteca, sino de la literatura hispanoamericana en general. En ocho capítulos traza el desarrollo de la novela guatemalteca, desde sus orígenes, en la obra de José Antonio de Irisarri, hasta la época moderna, sin desdeñar la producción de los escritores de la última hornada. En este vasto e informativo panorama pasa revista a las tendencias románticas, realistas y naturalistas de la segunda mitad del siglo XIX; analiza la evolución que experimenta el género en manos del Modernismo y destaca, muy plausiblemente, la novedosa técnica y audaz concepción de Rafael Arévalo Martínez, aludiendo también a las excursiones que hiciera por el campo de la novela el afamado Gómez Carrillo; se detiene a considerar el aporte de los criollistas, señalando con especial énfasis a Carlos Wyld Ospina y Flavio Herrera; y, enfrentándose ya a la novela guatemalteca de medio siglo, estudia con particular ahinco y gran detalle la obra novelística de Miguel Ángel Asturias y de Mario Monteforte Toledo. Un capítulo final sintetiza las conclusiones del autor y deja en claro la originalidad y vigor de la novela guatemalteca.

Las críticas que se pueden hacer, y se harán, a un estudio de esta naturaleza son obvias: concentrada su atención en el análisis minucioso de la literatura de un solo país —y dentro de esa literatura, de un solo género— el historiador puede perder el sentido de las proporciones y llegar a darle trascendencia a cosas que, tal vez, no la tienen. Por ejemplo, el estudio de la obra de un precursor, como Irisarri, es demasiado extenso. El autor mismo llega a la conclusión de que, aun cuando en algún aspecto de su creación literaria es posible que existan elementos novelísticos, Irisarri, en verdad, nunca escribió novelas. A don José Milla, fundador de la novela guatemalteca, pero escritor de dudoso mérito, se le dedican cuarenta páginas. El examen de las novelas de Asturias, tan cuidadoso y puntillista, parece estar fuera de lugar en un panorama como éste. En fin, son estos puntos de mínima importancia que en nada aminoran el mérito de la obra de Seymour Menton. Pecar de acucioso es, incuestionablemente, noble pecado. Recordemos que este libro va destinado a la lectura de especialistas y los especialistas, estoy seguro, no podrán menos de saborearlo y absorber con provecho sus sabias enseñanzas.

La edición, a cargo de la Imprenta Universitaria de Guatemala es de encomiable nitidez. El texto viene adornado con reproducciones de fotografías que aumentan el interés del lector y que, como en el caso del retrato de Arévalo Martínez, constituyen un verdadero hallazgo.

FERNANDO ALEGRÍA

*University of California,
Berkeley.*

AIDA COMETTA MANZONI. *El indio en la novela de América*. Editorial Futuro, Buenos Aires, 1960.

Al trazar el desarrollo que ha experimentado el tema del indio en la novela americana de este siglo, la autora casi nos pone al día respecto a los autores y las obras que han utilizado la vida de los indígenas como asunto central de la narración.

No se oculta en este libro la permanencia del tema. En las páginas iniciales indica la autora que "desde el momento en que América nace a la conciencia del viejo mundo, surge en la literatura un tema nuevo, cuya riqueza y originalidad serán convenientemente aprovechadas por los

escritores de entonces". Tampoco se deja de reconocer en este estudio el aporte que significó para el conocimiento de esta literatura de asunto indígena, el libro de Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica* (Madrid, 1934), si bien se establece que dicho bosquejo queda circunscrito a la "novela romántica indianista".

Aída Cometta Manzoni, tras una breve sinopsis del estudio de su antecesora, declara que su libro, por una parte, "va a reducirse a analizar la novela del indio que se escribe desde comienzos de nuestro siglo hasta nuestros días", y por otra, se propone demostrar que "a partir de 1889, fecha en que aparece la primera novela indigenista con auténtico acento de reivindicación social", los escritores se inclinan a caracterizar "al personaje como ser humano acosado por sus enemigos y explotado sin misericordia". La autora se mantiene fiel a su determinación y prueba que durante más de medio siglo no se ha hecho otra cosa que cultivar la novela del indio con una orientación que revela, según ella, "un criterio real, verídico y desprovisto de mistificación".

Ciñéndose a los objetivos ya señalados, Aída Cometta Manzoni pasa revista a la producción novelesca de los países en que mayor difusión ha alcanzado este tipo de obra: Perú, Bolivia, Ecuador y México. Concluye el panorama con las novelas indigenistas de otros países como Chile, Colombia, Venezuela y los Estados Unidos, en los cuales no ha proliferado la producción de tipo aborígen, sin duda porque la población indígena no es abundante ni constituye en ellos un serio problema social.

Del estudio que acabamos de describir se derivan algunas observaciones que tal vez deban tenerse en cuenta. El número de novelas indigenistas es respetable, lo cual lleva a pensar que la presencia del indio se deja sentir en buena parte del continente, particularmente en calidad de serio y angustioso problema social, económico y en especial humano. Por otra parte, ya que la literatura no puede dejar de ser "trasunto de la vida", queda de manifiesto el sentido mesiánico de la mayoría de los novelistas que se preocupan por el tema de la existencia del indio en sus relaciones con el blanco. Es innegable la sincera intención de los escritores que procuran colocar en el debido relieve la condición del indio e identificar o desenmascarar los males que afligen y corroen las entrañas mismas del grupo humano. Al hacerlo, cumple el literato una misión de fundamental importancia porque la atención que exige la situación del indio no admite más dilación. Observamos, no obstante, que en la precipitación con que realizan su obra humanitaria, estos novelistas tienden a caer en ciertos moldes y modelos fijos, carentes de variedad y riqueza

en lo que respecta a la estructura, tono, pintura de personajes y composición del asunto de sus obras. Estas parecen adolecer de las limitaciones impuestas por la temática. Es por ello que Aída Cometta Manzoni no puede enfocar el análisis, interpretación y valor literario de este tipo de literatura sino desde un ángulo limitadísimo y casi ajeno al verdadero arte. Tal situación se hace desesperante para el crítico sereno cuando la producción novelística se convierte en vehículo de abierta procacidad, en desvergonzada pornografía o en demagógica prédica política.

La obra que comentamos nos suministra, sin embargo, un valioso inventario de obras que mucho se necesitaba, nos revela la orientación general que guía a los novelistas que en él figuran y abre un campo que acaso valga la pena explorar desde otros puntos de vista para así determinar si en este tipo de literatura existen otras facetas artísticas que acaso garanticen su permanencia como obras consagradas de las letras americanas. Se vislumbran tenuemente algunos valores que tal vez consigan reconocimiento en la posteridad al comparárseles con el abultado repertorio de libros de dudoso mérito literario consignados por la autora. Celebramos el esfuerzo que ha desplegado esta conocida estudiosa para no privarnos del extenso número de datos que se ha dado el trabajo de recopilar con el sentido crítico ya apuntado en nuestro comentario.

Northwestern University

HOMERO CASTILLO

MANUEL ZAPATA OLIVELLA, *La calle 10*. Ediciones "Casa de la Cultura", Bogotá, Colombia, 1960.

Manuel Zapata Olivella, médico distinguido, está orgulloso de su raza mulata, de la unión en sus venas de la sangre blanca y de la sangre negra. Posee, además, fe en el valor de los suyos, puesto que su padre, el doctor Antonio María Zapata, fue uno de los grandes educadores de Colombia y el primer hombre de color que alcanzó un título en la Universidad de Cartagena; su hermana Delia, escultora y bailarina, se ha hecho acreedora a la gratitud nacional por el ballet creado y dirigido por ella, "Danzas Folklóricas de Delia Zapata Olivella", mundialmente conocido.

Su infancia pobre —hijo de director de un colegio con seis hermanos— sus parientes en Cartagena, más pobres todavía, la necesidad, en

1940, de afirmar los valores de su raza paterna, fueron los caminos que, tras largo vagabundaje por Centroamérica y los Estados Unidos, lo acercaron al pueblo. "Reconozco, dice, que el problema racial ha terminado. Queda ahora el problema de las clases económicamente más necesitadas. Mi madre, de raza blanca, me preguntó en cierta ocasión por qué desdeñaba yo su raza que también era mía; a lo cual respondí que no era ésa la perseguida y sólo debe defenderse al perseguido".

Aunque Manuel Zapata no lo dice, a través de su estudio y de su carrera alcanzada con lucha, se alcanza a percibir un sentido misional de vida. Es un médico, un hombre culto, abierto y sencillo, producto de nuestra costa, con la complejidad intelectual de quien busca recorrer caminos no transitados. Parece difícil, a primera vista, que se adapte naturalmente a temas de gentes bajas como en su novela *Tierra mojada*, o de seres infrahumanos como en su última novela *La calle 10*. A esto da dos explicaciones: la primera, que ama a las gentes humildes, la segunda, que sigue un refrán de su padre: "Mientras hay más ignorantes, hay más que aprender de ellos".

Reconoce, sin embargo, que no ha encontrado un tipo humano suficientemente interesante como para hacerlo protagonista de una de sus obras. La técnica hasta el presente es masiva, de muchos personajes, en cuadros que quedan sueltos, con presentaciones impresionistas. Piensa Manuel Zapata que alguna vez tratará de otros medios sociales o profesionales, aunque evidentemente no le atraen en la misma forma. Está de acuerdo en que al tratar *La calle 10* le faltaron ciertos aspectos de la clase alta económica, que no conoce. Por ahora publicará *Chambacú*, novela sobre el barrio negro de Cartagena, y *El cirujano de la selva*, en donde plantea la lucha entre la medicina y la brujería en el Chocó, con la victoria natural de la brujería. Sólo escribe sobre lo que conoce. Y conoce bien. Por eso no ha seguido los consejos de algunos de explotar literariamente ciertas zonas como las bananeras o las petroleras. Adopta una posición humilde ante la crítica. Cree que le ha servido mucho y, contra lo que generalmente se afirma, piensa que sí hay crítica en Colombia. Quien más le ha ayudado es su propio editor, Clemente Airó, quien, entre otras cosas, lo salvó una vez, pues sin darse cuenta había resucitado al final de *Tierra mojada* a uno de los personajes. Reconoce también que hay un tipo de crítica apasionada, de compadrazgo, y que los críticos calificados, aquéllos de quienes más esperan los autores, desprecian las obras que no creen interesantes.

La calle 10, nacida del conocimiento de la zona del mercado de Bogotá, que transitaba diariamente desde 1938, pues era paso obligado para la Facultad de Medicina, quiso ser, según dice, una novela de tipo realista. El arte, según él, debe estar al servicio de la sociedad para señalarle sus vicios. Esta afirmación, y lo que es la novela misma, nos ponen frente a un novelista neonaturalista que busca lo monstruoso dentro del organismo social, como el médico descubre los órganos enfermos. A su neonaturalismo hay que ponerle un apellido, aunque él no tuviera tal intención. En *La calle 10* bulle el problema social: bulle a través del estudiante de medicina que no puede preparar el examen por carecer de libros, mientras sus compañeros, cómodamente instalados, pueden hacerlo. Bulle en el levantamiento de las verduleras contra el director del mercado, en el grito de libertad de la "Capitana", en el abuso de la policía, en las palabras de la alta dama: "Cómo son de brutos estos indios, Dios mío". En expresiones como la de Rengifo: "todos los hijos del pueblo tenemos una madre común: la miseria". En los discursos del poeta Tamayo y del boxeador negro Mamatoco y en la expresión final de la novela, como una esperanza de redención: "Guárdalo, hermano, muy pronto lo necesitaremos", dice el poeta Tamayo a Rengifo cuando trata de romper el fusil contra el suelo.

Si la obra fuera eso no valdría la pena: sería un panfleto más, torpe y vulgar de los que pretenden prostituir el arte para ponerlo al servicio de la demagogia. Esta novela que nos conturba y nos conmueve; pero nos horroriza en ocasiones como los personajes de Dostoievsky. Un mundo de abigarrados seres da sentido a *La calle 10*, personaje principal. Gentes del hampa, no obreros, haraganes y verduleras, niños enfermos, hambre, piojos y olores, doquiera aspectos de prostitución y de miseria; horror, sangre, carne, alimentos para ricos en la plaza. Los personajes no tienen apellido, algunos ni siquiera nombre. Son, entre otros el "Pelúo", que suda por entre el barro con el cadáver de su mujer a cuestas y con su niño enfermo; Epaminondas, el eterno célibe que sólo tiene afecto por los animales, hasta llegar por ellos al asesinato; Parmonio, limosnero de pelo rojo, padre de limosneros, y Remigia, la niña que supo del mal para dar de comer a su madre; y el "Sátiro", dueño de la tienda, y Teresa, la gorda de la fonda, enamorada del poeta, y el "Artista" a quien su talento creador alcanzó para hacer de un hombrecillo deforme un "oso" para sacar dinero a los transeúntes...

"En esta novela no he querido hacer literatura", dice Manuel Zapata. Ha comprendido que el afán de hacer literatura daña la obra. Pero entendámonos: lo que tradicionalmente se llama en mala forma hacer literatura es precisamente no hacerla. El adorno daña la forma; lo que no obedece a la estructura misma, se sale de la obra, la mancha. Sólo lo simple, lo concreto, el arte difícil de trasladar la idea a la expresión, dan la verdadera forma literaria. De otra parte "no hacer literatura" creen muchos que consiste en rebajar la forma hasta la chabacanería, hasta lo excesivamente regional y pobre en voces. Y éste no es su caso.

En cuadros sueltos, de tipo impresionista, cortados, aparecen los personajes casi siempre después de haber hablado y presentados apenas por detalles característicos. Divide la novela en dos partes. La primera es propiamente *La calle 10*. La segunda, el cuadro del 9 de Abril de 1948 en Bogotá, visto a través de esta Calle. Aunque es ésta una de las mejores descripciones del 9 de Abril, de aquel momento en que el pueblo, a causa de la muerte de uno de sus líderes, se desbordó enfurecido sobre la ciudad, en que los jefes no pudieron ni supieron ordenarlos, para terminar en incendio y en saqueo, en una ciudad indefensa, sin embargo ese aditamento le quita unidad fundamental a la obra. O *La calle 10* o el 9 de Abril. Las dos cosas juntas hacen dos relatos distintos.

La literatura colombiana tiene en Manuel Zapata un gran futuro. Por su consagración a las letras, por su talento, por ese orgullo americanista que lo lleva a cavar hondo en su propia tierra, con amor decidido. Ojalá que en adelante no lo traicione la prédica social, a fin de que pueda presentar la realidad colombiana sin el velo político. También así lo quiere Manuel Zapata Olivella.

CECILIA HERNÁNDEZ DE MENDOZA

*Seminario Andrés Bello—
Instituto Caro y Cuervo,
Bogotá, Colombia.*

CARLOS HAMILTON, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Las Américas Publishing Company, New York, N. Y., 1960, 2 vols.

A los nombres de Alfred Coester, Luis Alberto Sánchez, Arturo Torres Ríosco, Oscar R. Beltrán, Julio A. Leguizamón, Pedro Henríquez Ureña, Enrique Anderson Imbert y otros hay que añadir el del profesor

Carlos Hamilton, autor de esta última *Historia de la literatura hispanoamericana*.

Divide el autor su obra en dos partes; el primer volumen ("Colonia y Siglo XIX") trata de la literatura colonial (cáps. I y II), el barroco (cap. III), la literatura del siglo XVIII (cap. IV) y el romanticismo (cap. V). En el segundo volumen ("Siglo XX") se discute la literatura contemporánea: el modernismo (cap. I), la poesía del siglo XX (cap. II), la novela y el cuento (cáps. III y IV), el teatro (cap. V) y el ensayo y la crítica (cap. VI). El volumen cierra con un estudio de la literatura puertorriqueña (cap. VII), colaboración del investigador Gactano Massa. Aunque se incluye un índice onomástico de autores hispanoamericanos al fin de cada volumen, notamos, con sorpresa, la ausencia de material bibliográfico, ya sea de los autores discutidos, de obras de conjunto sobre la literatura hispanoamericana, o de obras consultadas.

Las historias de la literatura hispanoamericana, que no existían antes de que al profesor Alfred Coester se le ocurriera publicar la suya en 1916, son ya tan numerosas que existe bibliografía de ellas (Roberto P. Payró, *Historias de la literatura americana*, Washington, 1950). Por lo tanto, nos parece que quien se ponga a publicar otra obra sobre la materia debe presentar —para justificar su aportación— ya una nueva interpretación, ya una nueva organización del material, ya nuevos datos históricos que nos ayuden a refinar nuestro conocimiento de la materia, ya una revalorización de autores a base de juicios críticos que presenten nuevas facetas de sus obras.

La obra del profesor Hamilton, desgraciadamente, en vez de ayudarnos a ampliar nuestros conocimientos de la historia de la literatura hispanoamericana, va a causar grandes confusiones; debido, principalmente, a la falta de precisión en los datos que forman el inmenso caudal que forma la literatura hispanoamericana; nos referimos a errores de fechas, títulos de libros y nombres de autores. Como el profesor Hamilton no cita fuentes ni da bibliografía final alguna, el lector no puede comprobar el origen de su información. Ya que esta *Historia* será utilizada por neófitos en el estudio de la literatura hispanoamericana, nos parece que es necesario hacer notar que con frecuencia la información del autor no va de acuerdo con lo aceptado por los principales investigadores de la materia. No nos parece, por ejemplo, justificado cambiar las fechas de nacimiento y muerte de los autores, a no ser que se tengan documentos fehacientes que corrijan las fechas ya aceptadas. He aquí algunas dis-

crepancias que hemos notado al comparar estas fechas con las que aceptan otros críticos:¹

- I, 27: "Fray Bartolomé de Las Casas, o Casaus (1474-1560)." Las Casas murió en el convento de Atocha a fines de julio de 1566. (Ver Carlos Gutiérrez, *Fray Bartolomé de las Casas; sus tiempos y su apostolado*, Madrid, 1878, p. 394).
- I, 139: "José Batres Montufar [*sic*] (1790-1841)." Batres Montúfar nació en la ciudad de San Salvador, perteneciente a la Capitanía general de Guatemala, el 18 de marzo de 1809. (Ver Adrián Recinos, *Poesías de José Batres Montúfar*, Madrid, 1924, p. ix). Murió en 1844 (PHU, EAI).
- I, 139: "Aurelio Díaz Meza (1888-1932)." Este autor chileno nació en 1879 y murió en 1933. (Ver ATR, p. 66; Samuel A. Lillo, *Literatura chilena*, 6a. ed., Santiago, 1941, p. 203).
- I, 147: "Francisco Romero (Sevilla, 1891-Buenos Aires, 1954)." El distinguido filósofo argentino no ha muerto todavía.
- I, 152: "Luis Orrego Luco (1861-1948)." El profesor chileno Orrego Luco nació en 1866. (Ver ATR, p. 64; Raúl Silva Castro, *Panorama de la novela chilena*, México, 1955, p. 88).
- I, 154: "Joaquín Díaz Garcés (1857-1912)." Este costumbrista chileno nació en 1877 y murió en 1921. (Ver ATR, p. 59; Silva Castro, *op. cit.*, p. 101; Lillo, *op. cit.*, p. 248, da el año 1878 en vez de 1877 como fecha de nacimiento).
- I, 155: "Tomás Carrasquilla (Colombia, 1851-1940)." La fecha de nacimiento de Tomás Carrasquilla es 1858. (Ver Kurt Levy, *Vida y obra de Tomás Carrasquilla*, Medellín, 1958, p. 20).
- I, 167: "Eduardo Acevedo Díaz (1851-1924)." EAD murió el 18 de julio de 1921. (Ver Francisco Espínola H., "Prólogo" al *Ismael* de Acevedo Díaz, 2a. ed., Buenos Aires, 1946, p. vii).

¹ Hacemos uso de las siguientes abreviaturas: EAI.—Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, 2 vols. (México, 1961); PHU.—Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, 2a. ed. (México, 1954); MHU.—Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo* (México, 1954); ATR.—Arturo Torres Ríosco, *Breve historia de la literatura chilena* (México, 1956); CySC.—Homero Castillo y Raúl Silva Castro, *Historia bibliográfica de la novela chilena* (México, 1961); *Dic. Arg...* Alfredo A. Roggiano *et al.*, *Diccionario de la literatura latinoamericana: Argentina* (Washington, D.C., Primera Parte, 1960; Segunda Parte, 1961); ASR.—Aníbal Sánchez Reulet, *La filosofía Latinoamericana contemporánea* (Washington, 1949); ByRG.—John S. Brushwood y José Rojas Garcidueñas, *Breve historia de la novela mexicana* (México, 1959).

- I, 167: "Javier de Viana (1872-1925)." Viana, en su auto-biografía, nos dice: "Nací en la ciudad de Camelones, el 5 de agosto de 1868..." Falleció en La Paz el 5 de octubre de 1926. (Ver "Auto-Biografía" y "Ficha biográfica" en *Sobre el recado*, Montevideo, 1941, pp. 12 y 13).
- I, 167: "Benito Lynch (Argentina, 1885-1958)." Aunque a veces se da el año de 1885 (PHU; EAI) como el de nacimiento de Lynch y otras el año 1881, según Germán García (*Benito Lynch y su mundo campero*, Colegio Libre de Estudios Superiores, Filial Bahía Blanca, 1954, p. 2), Lynch nació en 1880. Marshall R. Nason parece no dejar dudas al respecto en su artículo "Benito Lynch: Uruguayo" (*Marcha*, XXII, No. 1047, 24 de febrero de 1961, p. 21). No hay duda sobre la fecha de su muerte, ocurrida el 23 de diciembre de 1951. (Ver Germán García, p. 1). En el tomo IV de la *Historia de la literatura argentina*, dirigida por Rafael Alberto Arrieta, (Buenos Aires, 1959), p. 144, nota, leemos: "Benito Lynch nació en la ciudad de Buenos Aires el 25 de julio de 1881 y... murió en la capital de la provincia el 23 de diciembre de 1951". El *Dic. Arg.*, I, 124, da 1880-1951.
- I, 169: "Julio Arboleda (Colombia, 1817-1862)." Este poeta romántico nació el 9 de julio de 1817 y murió asesinado el 12 de noviembre de 1861. (Ver M. A. Caro, *Poesías de Julio Arboleda*, Nueva York, Bogotá, 1883, p. lxvi).
- I, 171: línea 9: "Juan Zorrilla de San Martín (Uruguay, 1855-1931)"; línea 22: "Juan Zorrilla de San Martín (Uruguay, 1857-1931)." La fecha correcta del nacimiento del autor de *Tabaré* es la primera, 1855; nació en Montevideo el 28 de diciembre de 1855. (Ver Lauxar, *Juan Zorrilla de San Martín*, Montevideo, 1955, p. 11).
- II, 19: "Salvador Díaz Mirón (México, 1853-1906)." SDM murió el 12 de junio de 1928. (Ver Francisco Monterde, *Salvador Díaz Mirón, el hombre, la obra*, México, 1956, p. 19).
- II, 46: "Luis Urbina (1869-1934)." Luis G. Urbina nació el 8 de febrero 1868. (Ver María del Socorro Lope Villarino, *Luis G. Urbina, el poeta y el prosista*, México, 1956, p. 12).
- II, 57: "Jorge González Bastías (1873-1953)." Este poeta chileno nació en la aldea de Nirivilo en 1879. (Ver J. Lagos Lisboa, *Antología* [de Jorge González Bastías], Santiago de Chile, 1952) y murió, según ATR, en 1950.

- II, 62: "Alfonsina Storni (Argentina, 1894-1938)." La Storni nació el 29 de mayo de 1892 en Lugagnia, Cantón Ticino, Suiza italiana. (Ver Nira Etchenique, *Alfonsina Storni*, Buenos Aires, 1958, p. 25).
- II, 65: "Evaristo Carriego (Argentina, 1883-1921)." Carriego falleció el 12 de octubre de 1912. (Ver Jorge Luis Borges, *Evaristo Carriego*, Buenos Aires, 1930, p. 36; 2a. ed., 1955, p. 38).
- II, 66: "Medardo Angel Silva (Ecuador, 1902-1920)." Los críticos no están de acuerdo en las fechas de nacimiento y muerte de este poeta. Según MHU los años 1902-1920 son los correctos; sin embargo, EAI da 1898-1919, y PHU c. 1899-1921. Alejandro Carrión, en su introducción a la 2a. ed. de *El árbol del bien y del mal* (Quito, 1953) de Silva, infiere que el año de nacimiento es 1899.
- II, 80: "Oscar Castro (Chile, 1910-1942)." OC murió en noviembre de 1947. (Ver Alejandro Magnet, introd. a *Llampo de sangre* [de Castro], 2a. ed., Santiago de Chile, 1957, p. 7, y Víctor Castro, *Poesía nueva de Chile*, Santiago, 1953, p. 81). En II, 137, al discutir la obra narrativa de Castro, se da la fecha correcta de su muerte.
- II, 102: "Augusto D'Halmar (Augusto Thompson Condemine, Chile, 1882-1952)." El nombre correcto es Augusto Thomson Goeminne; falleció en Santiago el 27 de enero de 1950. (Ver ATR, EAI, MHU, Antonio de Undurraga, *Atlas de la poesía de Chile*, Santiago, 1958, p. 119).
- II, 124: "José Eustasio Rivera (Colombia, 1889-1928)." JER nació el 19 de febrero de 1888. (Ver Eduardo Neale-Silva, *Horizonte humano; vida de José Eustasio Rivera*, México, 1960, p. 15).
- II, 138: "Salvador Reyes (1889)." SR nació en 1899. (Ver ATR, EAI).
- II, 141: "Manuel Rojas (1890)." Nació en 1896 (ATR, EAI).
- II, 153: "Julio Jiménez Rueda (1896)." JJR falleció en 1960.
- II, 159: "Ricardo Rojas (1882)." RR falleció en 1957. (Ver *Dic. Arg.*, I, 167).
- II, 168: "Francisco García Calderón (Perú, 1883)." Según MHU, FGC nació en 1880 y murió en 1953.
- II, 169: "Carlos Mariátegui (Perú, 1897-1927)." José Carlos Mariátegui nació en 1895 y murió en 1930. (EAI); PHU da 1891-1930.
- II, 171: "Carlos Vaz Ferreira (Uruguay, 1873). CVF falleció en 1958. (EAI).
- II, 173: "José Vasconcelos (1882-1959)." JV nació en la ciudad de Oaxaca el 27 de febrero de 1881.

II, 191: "Pedro Nolasco Cruz (Chile, 1857-1941)." Según ATR, PNC murió en 1939.

También notamos que con frecuencia hay cambios en las fechas de publicación de las obras citadas; no siempre se da el año de la primera edición, y a veces se da el año de composición sin advertirlo. He aquí algunos ejemplos:

- I, 119: La oda "A la agricultura de la zona tórrida" de Bello fue publicada en 1826, en el *Repertorio Americano*, y no en 1810, año en que su autor llegó a Londres.
- I, 133-4: La primera parte de la novela *Cecilia Valdés* de Villaverde apareció en 1839, no en 1837; fue completada en 1879, no en 1897; la versión definitiva es de 1882. (Ver Salvador Bueno, *Historia de la literatura cubana*, 1954, p. 141).
- I, 134: La *Amalia* de Mármol es de 1851, no de 1853. Cf. *Dic. Arg.*, I, 133: 1844-1850.
- I, 140: Juan Montalvo: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (1882). Es la fecha de composición; se publicaron en 1921.
- I, 146: Antonio Caso: *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* (1916). Es de 1919. (Ver ASR, p. 365).
- I, 146: Enrique José Varona: *Desde mi Belvedere* (1905). Es de 1907.
- I, 147: José Ingenieros: *Criminología* (1907). Ya se había publicado en 1900 con otro título. (Ver *Dic. Arg.*, I, 98).
- I, 147: Alejandro Korn: *Influencias filosóficas en la evolución nacional* (1916). Este trabajo apareció en 1912 en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, y en forma de libro en 1937. (Ver ASR, p. 354).
- I, 150-1: Alberto Blest Gana: *El primer amor*, 1865. Es de 1858; *Un drama en el campo*, 1860. Es de 1859; *El loco Estero*, 1910. Es de 1909. (Ver CySC).
- I, 155: Julián Martel: *La Bolsa* (1868). Debe ser 1898, aunque la novela ya había aparecido en forma de folletín en *La Nación* en 1891. Martel nació en 1867.
- I, 155-6: Tomás Carrasquilla: La Marquesa de Yolombó (1928). Es de 1926; *El padre Casafús* (1914). Es la fecha de la 2a. ed.; la primera apareció en la revista *La Miscelánea*, de Medellín, en 1899, bajo el título *Luterito*. (Ver Kurt Levy, *op. cit.*, "Bibliografía").
- I, 159: Manuel Payno: *El fístol del Diablo* y *Los bandidos de Río Frío* (1889 y 1891). La primera es de 1845-1846. (Ver ByRG, p. 22).

- II, 31: Rubén Darío: *Canto a la Argentina* (1914). Es la 2a. ed.; la 1a. es de 1910.
- II, 71: Vicente Huidobro: *Altazor* (1913). Debe ser 1931.
- II, 75: Pablo Neruda: *Crepusculario* (1919). Es la fecha de composición; publicado en 1923; *El hondero entusiasta* (1923-1924). Es de 1933.
- II, 102: Enrique Larreta: *El linyera* (teatro, 1947). Se publicó en 1932; *Santa María del Buen Aire* (teatro, 1937). Se publicó en 1936; *La naranja* (1948). Se publicó en 1947. (Ver *Dic. Arg.*, II, p. 314).
- II, 102: Augusto D'Halmar: *Juana Lucero*, 1922. Es de 1902. (Ver CySc, p. 189.
- II, 103: Carlos Reyes: *El embrujo de Sevilla* (1929). Es de 1922; *Beba*, 1834; es de 1894.
- II, 121: Rafael F. Muñoz: *El feroz cabecilla* (1923). Es de 1928.
- II, 125: "La Vorágine, escrita en 1924 fue publicada en Bogotá en 1925. (Cuando Luis A. Sánchez señala la fecha posterior de 1929 se equivoca; ya en 1928 hay una segunda edición, publicada en Nueva York". Esta novela se publicó en noviembre de 1924. (Ver Neale-Silva, *op. cit.*, p. 299).
- II, 128: Rómulo Gallegos: *Cantaclaro* (1931). Es de 1934; "Pobre negro, 1951", es de 1937.
- II, 129: Ciro Alegría: *El mundo es ancho y ajeno*, 1945. Es de 1941.
- II, 130: Clorinda Matto de Turner: *Aves sin nido* (1899). Es de 1889. Así en II, 115.
- II, 130: César Vallejo: *Tungsteno* (1948). Es de 1931.
- II, 137: Oscar Castro: *La sombra de las cumbres*, 1957. Es de 1944. (Ver CySc, p. 48).
- II, 139: Reinaldo Lomboy: *Ranquil* (1910). Es de 1942. Debe ser *Ránquil*.
- II, 139: Francisco Coloanne (debe ser Coloane): *Cabo de Hornos* (cuentos, 1943). Debe ser 1941; *El último grumete de "La Baquedano"*, 1944. Es de 1941. (Ver CySc, p. 51).
- II, 176: Alfonso Reyes: *Visión de Anáhuac*, 1943. Es de 1917; *Cartones de Madrid*, 1932-34. Es de 1917.
- II, 184: José Toribio Medina: *Historia de la literatura colonial de Chile*, 1873. Es de 1878.
- II, 191: Pedro Nolasco Cruz: *Estudios sobre la literatura chilena* (1923). Es de 1926.

II, 195. Enrique Anderson Imbert: *Fuga*, 1953. La 1a. ed. es de 1951, la 2a. de 1953.

No menos frecuentes son los cambios que se hacen en los títulos de los libros comentados. Citamos algunos ejemplos:

- I, 18: Irving A. Leonard: *The Books of the Conquerors*. Debe ser *Books of the Brave*. (Traducción española: *Los libros de los conquistadores*).
- I, 23: Cristóbal Colón: *Cartas de relación?*
- I, 37: Bernal Díaz del Castillo: *Historia Mexicana?*
- I, 43: Bernardo de Balbuena: *El siglo de oro en las selvas de Erifila*. Debe ser *Erifile*.
- I, 49: Pedro Henríquez Ureña: *Nuevas corrientes literarias*. Debe ser *Las corrientes literarias en la América Hispánica*.
- I, 63: Madre Castillo: *Sentimientos espirituales*. Debe ser *Afectos espirituales*.
- I, 94: Andrés Caso (debe ser Cavo): *Historia de México*. Debe ser *Los tres siglos de Méjico*.
- I, 135: Alejandro Magareño [debe ser Magariños] Cervantes: *Curamurú*. Debe ser *Caramurú*.
- I, 139: Vicente Riva Palacio: *Tradiciones mexicanas*. Debe ser Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza: *Tradiciones y leyendas mexicanas*.
- I, 139: Aurelio Díaz Meza: *Leyendas y episodios*. Debe ser *Leyendas y episodios chilenos*.
- I, 145: Justo Sierra: *Benito Juárez*. Debe ser *Juárez, su obra y su tiempo*.
- I, 162: Rafael Obligado: *Tradiciones argentinas*. Se trata del sub-título de su poema *Santos Vega*. (Ver *Dic. Arg.*, I, 151).
- I, 168: Fernando Calderón: *El privado del rey*. Debe ser *El privado del virrey*.
- I, 168: Ignacio Rodríguez Galván: *El Visitador Muñoz*. Debe ser *Muñoz, visitador de México*.
- I, 168: José Peón y Contreras: *El joyel del sombrero*. Debe ser *Por el joyel del sombrero*.
- II, 49: Enrique González Martínez: *El buho*. Debe ser *El hombre del buho*.
- II, 71: Vicente Huidobro: *El ciudadano del olivo*. Debe ser *El ciudadano del olvido*.

- II, 79: Juvencio Valle: *La flauta del hombre; Pan*. Debe ser *La flauta del hombre Pan*.
- II, 88: Nicolás Guillén: *Cantos para soldados y para turistas*. Debe ser *Cantos para soldados y sones para turistas*.
- II, 100: A. Alonso: *Ensayo sobre la novela histórica y el modernismo de Enrique Rodríguez Larreta*. Debe ser *Ensayo sobre la novela histórica y el modernismo en "La gloria de Don Ramiro"*. (Ver *Dic. Arg.*, II, 315).
- II, 102: Enrique Larreta: *Artemisa*. Debe ser *Artemis*. (Ver *Dic. Arg.*, II, 314).
- II, 109: *Aclasán*. Debe ser *Alclazán*.
- II, 111: Rafael Arévalo Martínez: *La oficina de Paz Oralandia*. Debe ser *La oficina de paz de Oralandia*.
- II, 115: Concha Meléndez: *La novela indianista americana*. Debe ser *La novela indianista en Hispanoamérica*.
- II, 116: Alcides Arguedas: *Wata- Wuara*. Debe ser *Wata-Wara*.
- II, 119: Mariano Azuela: *La misma sangre*. Debe ser *Esa sangre*. (Ver *ByRJ*, p. 98).
- II, 121: Gregorio López y Fuentes: *El arriero*. Debe ser *Arrieros*. Ver *ByRJ*, p. 114).
- II, 122: Ricardo Güirales: *Xamaicá*. Debe ser *Xaimaca*. (Ver *Dic. Arg.*, I, 79).
- II, 135: Luis Durand: *Campesinas*. Debe ser *Campesinos*. (Ver *CySC*, p. 66).
- II, 139: Juan Marín: *El Emperador Kwang-Hsy*. Debe ser *El Emperador Kwan-Hsu*.
- II, 145: Bernardo Verbitsky: *Es duro empezar a vivir*. Debe ser *Es difícil empezar a vivir*. (Ver *EAI*, II, 266; *Dic. Arg.*, II, 377).
- II, 147: Manuel Vergara: *Los leones dorados*. Debe ser José Manuel Vergara: *Daniel y los leones dorados*. (Ver *EAI*, II, 316).
- II, 149: Lidia Cabrera: *Cuentos negros*. Debe ser Lydia Cabrera: *Cuentos negros de Cuba*. (Ver *EAI*, II, 216).
- II, 162: Armando Moock: *Isabel Sandoval*. Debe ser *Isabel Sandoval, modista*.
- II, 163: Magdalena Petit: *Kimerland*. Debe ser *Kimeraland*.
- II, 166: Fray Gaspar de Villarroel: *Los dos cuchillos*. Debe ser *Gobierno eclesiástico-pacífico o Unión de los dos cuchillos pontificio y regio*. PHU cita el título abreviado.

- II, 169: Carlos Mariátegui: *Siete ensayos sobre la realidad peruana*. Debe ser *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. (Ver PHU, p. 268).
- II, 176: Alfonso Reyes: *La última Tulé*. Debe ser *Última Tule*.
- II, 184: José Toribio Medina: *Colección de Historiadores y documentos relativos a la Historia nacional*. Debe ser *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*. (Ver ATR, p. 74).
- II, 186: Mariano Picón Salas: *Forma y proceso de la literatura uruguaya*. Debe ser *Formación y proceso de la literatura venezolana; San Pedro Clavel, apóstol de los esclavos*. Debe ser *Pedro Clavel, el santo de los esclavos*. (Ver EAI, pp. 344 y 272).
- II, 187: Jorge Luis Borges: *Vida de Evaristo Carriego*. Debe ser *Evaristo Carriego*.
- II, 192: Eduardo Solar Correa: *Poetas de Hispanoamérica*. Debe ser *Antología de poetas de Hispanoamérica*. (Ver ATR, p. 133).
- II, 193: Ricardo Latchman A.: *Chiquicamata*. Debe ser *Chuquicamata*. (Ver ATR, p. 136).
- II, 198: Pedro Henríquez Ureña: *Ensayos en busca de nuestra expresión*. Debe ser *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

Además, encontramos numerosos errores, entre los cuales los más notables nos parecen los siguientes: I, 20: Zumárraga no fue el autor del primer libro que se publicó en América; I, 32: *magüey*. Debe ser *maguey*; I, 50, 56: El tomo IV de las *Obras completas* de Sor Juana no fue editado por Alfonso Méndez Plancarte; I, 61: Amado Alonso. Debe ser Dámaso Alonso; I, 69: El *Rabinal Achí* es un drama *quiché*, no *quechua*; I, 69: *náboa*. Debe ser *náhuatl*; I, 72: Tirso de Molina no estuvo en México, aunque sí en Santo Domingo; I, 77: Lucinda Matto de Turner. Debe ser Turner; I, 127: Charles Mab. Debe ser Charles Lamb; I, 137: José María Lagragna. Debe ser Lafragua. I, 157: Los cuentos de Rafael Delgado sí se publicaron, en 1902, con el título *Cuentos y notas*; I, 172: *Tabaré* no fue publicado dos años antes que *Azul*, aunque sí se escribió antes; II, 32: El Prólogo a los *Cuentos completos* de Darío no es de Anderson Imbert sino de Raimundo Lida; II, 46: Edmundo Montagne es uruguayo, no argentino; II, 47: Evaristo Rivera Chevremont. Debe ser Ribera; II, 74: Pablo de Rocka. Debe ser Rokha; II, 145: Ernesto Sabato. Debe ser Sábato; II, 149: José Enrique Losada. Debe ser Jesús

Enrique Lossada; II, 159: Dardo Cuneo. Debe ser Cúneo. No es uruguayo, sino argentino; II, 161: Gustavo Sánchez Gallaraga. Debe ser Gallaraga; Luis Llórens Torres. Debe ser Lloréns; II, 176: *Atenea política*. Debe ser *Atenea política*; II, 197: Francisco Manrique Cabrera. Debe ser Francisco Cabrera Manrique.

En cuanto a los juicios históricos o literarios, notamos cierto apresuramiento en algunos de ellos. Al hablar de López Portillo y Rojas, por ejemplo, nos dice que es "uno de los pocos escritores mexicanos del siglo XIX que viajó por Europa" (I, 158). De memoria podemos citar los nombres de otros escritores mexicanos que también visitaron Europa: Altamirano, Paso y Troncoso, Riva Palacio, Fray Servando Teresa de Mier, Urbina, Nervo, Rebolledo, María Enriqueta, Juan de Dios Peza, Justo Sierra, etc.; aunque es cierto que González Prada fue también poeta, los libros que se citan entre sus ocho volúmenes de poesía (II, 21) son libros de prosas; al discutir la obra de Julio Viciuña Cifuentes se nos dice que sus *Estudios de métrica española* "precedieron a los de Jaime Freyre, Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso". Sin embargo, la obra de Viciuña Cifuentes es de 1929, mientras que los trabajos de Jaime Freyre y PHU son anteriores (1912 y 1920); la novela *El tigre*, de Flavio Herrera, no es novela anti-imperialista; *El fardo* de Darío no es el primer cuento social del continente (II, 113), pues contamos con *El matadero* de Echeverría; al discutir el cuento hispanoamericano (II, 149) se citan algunas obras que no son colecciones de cuentos, como por ejemplo *La calle de la tarde* de Norah Lange, *Jardín* de Dulce María Loynaz, *Labyrintho* de Enrique Labrador Ruiz y *La carreta* y *El caballo y su sombra* de Amorim, lo mismo que algunos autores que no han escrito cuentos, como los mexicanos Carlos Pellicer, José Gorostiza y Xavier Villaurrutia; al discutir la obra del cubano Luz y Caballero el profesor Hamilton nos dice: "Mientras los demás países de América española luchaban por la independencia, Cuba permanecía en la paz colonial, que permitía a sus intelectuales el dorado ocio del filosofar. El primer filósofo de Cuba es el sacerdote Luz y Caballero, que injerta la filosofía moderna en el viejo tronco escolástico de la Universidad de la Habana" (I, 146). El verdadero fundador de la filosofía cubana fue el P. Félix Varela, maestro de José Antonio Saco (también anterior a Luz y Caballero), Delmonte y el propio Luz y Caballero. Casi todos ellos vivieron en el destierro por cuestiones políticas, a pesar de la paz colonial; al hablar de Eugenio María de Hostos (I, 148) el profesor Hamilton nos dice, citando a Gabriela Mistral, que este autor es menos estudiado "por haber nacido en patria

chica". Lo anterior nos hace pensar en Martí y en Darío; de Zorrilla de San Martín se nos dice que fue "desterrado de su patria (I, 171). Según su biógrafo, Lauxar (*Juan Zorrilla de San Martín*, 1955, p. 13), el autor de *Tabaré* fue enviado por su padre a estudiar a Chile para evitar la influencia anticatólica que prevalecía en los planteles educativos del Uruguay de la época.

Al discutir el valor de algunos autores, el profesor Hamilton no acepta los juicios ya establecidos por la crítica. Desgraciadamente, no justifica sus propias apreciaciones. De Sigüenza y Góngora, considerado por lo general como mal poeta, nos dice que "no era despreciable poeta" (I, 77). Sin embargo, sólo se justifica el juicio diciendo que algunas de las octavas de la *Primavera Indiana* son hermosas. Al hablar de *El Periquillo* se dice que "no es una novela picaresca" (I, 126). Nos hubiera gustado que el profesor Hamilton justificara su observación de una manera más amplia. Al discutir la obra del chileno Manuel Magallanes Moore se dice que este autor es "uno de los poetas mayores de la América española", sin justificar debidamente el juicio valorativo.

En cuanto a la selección de autores incluidos o excluidos, y la relativa importancia que se da algunos de ellos, notamos también algunas irregularidades al comparar la obra del profesor Hamilton con las principales historias de la literatura hispanoamericana. Se le da, a veces, mucha importancia a la obra de poetas desconocidos, como por ejemplo a la de Núñez de Pineda y Bascuñán (I, 79-82) y a la de Alonso de Ovalle (I, 82-84), a costa de la de poetas cumbres como Olmedo (I, 114), Heredia (I, 115) y otros. Aunque nos parece justo que se discuta la obra del poeta colombiano Julio Arboleda (I, 169-170), no creemos que debe ser a costa de omitir por completo el nombre de su compatriota José Eusebio Caro. Al oscuro poeta chileno (no figura en la obra de ATR) Francisco Donoso González se le dedica más de una página (II, 72-74) y, en cambio, a Alfonsina Storni escasas siete líneas. Lo mismo sucede con el poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade (siete líneas), a costa de su compatriota Jorge Enrique Adoum, a quien se le dedican más de dos páginas. De Eduardo Carranza, Germán Pardo García, Ramón López Velarde, Carlos Pellicer, José Gorostiza, sólo los nombres se mencionan. No se citan los nombres de Ricardo Molinari, Octavio Paz, Alí Chumacero. Al hablar de la novela mexicana contemporánea se cita a un autor desconocido (no se halla su nombre en la *Breve historia de la novela mexicana*, de Brushwood y Rojas Garcidueñas) Armando Ayala, pero no se habla de Agustín Yáñez, José Revueltas, Juan Rulfo, Luis Spota, Car-

los Fuentes; tampoco se menciona al novelista cubano Alejo Carpentier, ni al cuentista mexicano Juan José Arreola. Con frecuencia, al discutir la obra de un autor se omite el nombre de la obra que se considera como representativa, como en el caso de Hostos (I, 148), en donde no se habla de su *Moral social*, o en el caso de Plácido, en donde no se menciona su poema *Jicoténcatl*. En la lista de estudios críticos de la literatura hispanoamericana y de las literaturas nacionales no se menciona la importante obra *Historia de la literatura argentina* dirigida por Rafael Alberto Arrieta, ni los importantes Diccionarios de las literaturas nacionales que publica la Unión Panamericana.

University of Illinois

LUIS LEAL

FREDERICK S. STIMSON. *Orígenes del hispanismo norteamericano*. Ediciones de Andrea [Colección Studium, número 29], México, 1961.

Muy vasto es el tema de las influencias y elementos hispánicos en la literatura norteamericana. Esta materia puede prestarse a un estudio analítico e interpretativo de una gran variedad de obras de distintas épocas, pero en este volumen el profesor Stimson limita el alcance del tema estudiando sólo el período inicial de 1770-1830, en los géneros de novela, drama, poesía y literatura de viajes (se omiten el cuento y las obras de los historiadores Ticknor, Irving, y Prescott). Con conocimiento muy evidente de la escena literaria e histórica, tanto del mundo hispánico como del norteamericano, Stimson define, analiza, ejemplifica e interpreta el fenómeno del interés en asuntos hispánicos que mostraron diferentes autores de la época estudiada.

La influencia hispánica en las primeras novelas, como *Francis Berrain, or The Mexican Patriot* (1826) de Timothy Flint, se ve principalmente en la predilección de escribir sobre México, la España contemporánea, y las Indias Occidentales. Mediante una nutrida discusión literaria e histórica de varias obras, Stimson nos hace percibir los influjos, los temas y el ambiente hispánicos que están presentes en estas primeras manifestaciones novelescas. Se ven también influencias hispánicas en las primeras obras teatrales, tales como *The Ladies of Castile* (1790) de Mercy Otis Warren, donde se considera a Carlos V como emperador tirá-

nico de una España digna de nuestra compasión. Otros dramas tratan de México en el período de la independencia (*The Fall of Iturbide, or Mexico Delivered*, 1823), o del Perú y la conquista, en que Pizarro y otros conquistadores aparecen como opresores y villanos. Otro drama de estos años, *Zamor, a Tragedy* (1815), capta el conflicto entre moros y cristianos. No faltan, por supuesto, otros dramaturgos que enfocan el tema del salvaje noble, el que parece compaginarse bien con el concepto romántico que imperaba en aquella época. En otro capítulo del libro, dedicado a las influencias hispánicas en las primeras poesías, vemos cómo muchos poetas norteamericanos, impulsados por un fuerte orgullo nacionalista, pretendieron hallar símbolos de la emancipación política y la libertad espiritual en los acontecimientos del mundo hispánico.

No se deben olvidar las importantes fuentes literarias de que se valieron constantemente los novelistas, dramaturgos y poetas en sus escritos sobre temas hispánicos. Parece que el libro de William Robertson, *A History of America* (1777) les proporcionó una multitud de hechos y temas para tratar en sus obras creadoras y les insinuó muchas veces la interpretación de esta materia. Como dice muy bien el profesor Stimson: "Fue, pues, él quien contribuyó mucho a crear la interpretación popular de un Colón super-heroico, de un salvaje super-noble, y de una leyenda super-negra." (p. 73).

Uno de los capítulos más interesantes e informativos versa sobre el enigmático poeta cubano Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido) y su gran popularidad en los Estados Unidos a mediados del siglo XIX. El hecho singular de que los norteamericanos conocieran tan bien a este poeta hispanoamericano se explica por la atracción que éstos sentían hacia las cosas de las Indias Occidentales y por los sucesos extraordinarios de su vida. Este ensayo sobre Plácido interesa sobre todo por la acumulación de datos bastante desconocidos y de referencias detalladas respecto a la persona y a la obra literaria del célebre poeta.

Valioso libro es éste del profesor Stimson, escrito con gran entendimiento y perspectiva, con cuidadosa documentación y con interés sostenido, aunque a veces esperamos que el autor hubiera anotado más ampliamente ciertos aspectos de su materia. Las conclusiones a que llega Stimson tocante a las causas que motivaron a los autores norteamericanos a escoger asuntos hispánicos —nacionalismo, patriotismo, acontecimientos políticos, interés en lo exótico, romanticismo, tendencias didácticas, el sentimiento del "manifest destiny"— figuran entre los mayores aciertos del volumen y apoyan las explicaciones e interpretaciones ofrecidas sobre

el tema tratado. Pero a veces estas ideas y explicaciones dadas para sostener la tesis del autor se repiten con demasiada frecuencia en una forma harto rígida, refiriéndose ya a la novela, ya a la poesía, ya al drama. Tal vez esto se debe a que gran parte de la materia incluida en este libro primero apareció en artículos sueltos en las revistas *Hispania* y *The Americas*. Pero esta observación no disminuye los méritos del volumen, en el cual se logra una mejor comprensión de la interacción mutua de dos culturas en la escena literaria.

MYRON I. LICHTBLAU

*Syracuse University,
Syracuse, New York.*

HERNANDO DOMÍNGUEZ CAMARGO, *Obras*. Edición a cargo de Rafael Torres Quintero. Con estudios de Alfonso Méndez Plancarte, Joaquín Antonio Peñalosa, Guillermo Hernández de Alba. [Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, XV]. Bogotá: Talleres Editoriales de la Librería Voluntad, 1960. 504 pp. láms., facsím.

Para la fecha conmemorativa del sesquicentenario de la Independencia de Colombia, cuando se reunía en Bogotá el III Congreso de Academias de la Lengua Española, el Instituto Caro y Cuervo dio a la luz una reedición de las obras de Hernando Domínguez Camargo que sin duda habrá de despertar vivo interés entre los críticos de literatura ya que, al parecer, definitivamente establece la supremacía del hasta ahora poco conocido vate bogotano en el Parnaso del gongorismo colonial de Hispanoamérica. Inicialmente la edición estuvo a cargo del eminente crítico mexicano Alfonso Méndez Plancarte, pero habiendo muerto éste en 1955, sin terminar su obra, el Director del Instituto nombró en su reemplazo a Rafael Torres Quintero, quien contó con una lujosa nómina de colaboradores para dar feliz término al proyecto. Entre ellos se destacan Joaquín Antonio Peñalosa, joven investigador mexicano, discípulo del malogrado maestro Méndez Plancarte, a quien se encomendó la tarea de ordenar e integrar la labor realizada por su maestro, y el conocido historiador colombiano Guillermo Hernández de Alba, autor de la sagaz biografía del poeta que acompaña al volumen y que da a la obra un sólido apoyo documental.

La edición consta de una "Advertencia editorial" (pp. vii-xii), de Rafael Torres Quintero, de una "Bibliografía sobre Hernando Domínguez Camargo" (pp. xiii-xxiv), compilada por el editor con la asesoría técnica de Rubén Pérez Ortiz, Jefe de la Sección de Bibliografía del Instituto Caro y Cuervo, y de dos trabajos críticos de fondo de alguna extensión: "Hernando Domínguez Camargo. Su vida y su obra, 1606-1659" (pp. xxv-xc), por Guillermo Hernández de Alba, complementado con un "Apéndice documental" (pp. xci-cxxii), y "Estudio preliminar" (pp. cxxiii-cxciii), por Joaquín Antonio Peñalosa, trabajo que precede las obras en verso y prosa de Domínguez Camargo y que se divide así: I. "Trayectoria crítica" (pp. cxxv-cxiii); II. "El *Poema heroico*" (pp. cxliv-clxvi); III. "Las poesías del *Ramillete*" (pp. clxii-clxxxiv); IV. "La *Invectiva apologética*" (pp. clxxxv-cxc); V. "El protagonista de la hazaña" (pp. cxci-cxciii). Las obras del poeta aparecen ordenadas en esta forma: I. "San Ignacio de Loyola. Poema heroico" (pp. 1-377). Cada uno de los cinco libros en que se divide el poema está seguido de notas explicativas de Méndez Plancarte y los editores. II. "Poesías" (pp. 379-402). Se incluyen todas las conocidas del bardo bogotano. III. "Prosa" (pp. 403-496). El volumen se cierra con una sección de "Apéndices" (pp. 491-500) que comprende las "Correcciones" (pp. 493-495) y la "Prosificación de las primeras 22 octavas del *Poema heroico*" (pp. 495-500), hechas por Méndez Plancarte. Algunas de estas correcciones han sido ligeramente modificadas por el editor. La obra consta de un "Índice" general y otro de ilustraciones. A través de todo el texto se han respetado la redacción y la ortografía de los documentos antiguos y sólo se modificaron en algunos casos las graffas y la puntuación.

En nuestra opinión, la reedición de las obras de Hernando Domínguez Camargo es una de las publicaciones de mayor trascendencia dados a las prensas del Instituto Caro y Cuervo, institución que no ahorró esfuerzo alguno en la realización de un proyecto que de por sí es una contribución a la historia de las letras hispanoamericanas. El hecho de que un grupo tan distinguido de investigadores colombianos y extranjeros trabajara unido en la empresa, hasta obtener el resultado esperado, es clara señal de que en varios rincones de América la crítica está empeñada en revalorar al poeta gongorista bogotano.

El deseo de respetar la labor investigadora de Antonio Méndez Plancarte ha hecho que en el estudio de Joaquín Antonio Peñalosa se encuentren interpretaciones que no concuerdan enteramente con algunos datos que suministra la biografía del poeta escrita por Guillermo Hernández

de Alba, particularmente en lo que respecta a la intervención del padre Bastidas en la edición de obras de Domínguez Camargo. Méndez Plancarte no llegó a conocer el trabajo del historiador colombiano y esto explica las discrepancias en los dos estudios de fondo. En los apéndices debe lamentarse el carácter fragmentario de algunas correcciones que no alcanzaron a recibir el toque final del crítico mexicano fallecido y la ausencia de la versión en prosa de las restantes octavas del *Poema heroico*. Cabe destacar el estudio biográfico de Hernández de Alba, donde el autor se apunta un triunfo investigativo muy meritorio.

Será labor futura de la crítica juzgar a cabalidad la importancia de esta edición y continuar el estudio, análisis y revaloración de un poeta que ha merecido los elogios de investigadores como Gerardo Diego, José María de Cossío, Angel Valbuena Prat, Emilio Carilla, Rafael Maya y Méndez Plancarte. Con la aparición de esta obra, sin embargo, se puede afirmar, como lo hace Joaquín Antonio Peñalosa en su estudio preliminar, que "... apenas empieza a vivir —a revivir Domínguez Camargo". Investigaciones posteriores ayudarán a rehabilitar definitivamente al bardo gongorino y a colocar quizás su nombre junto al de las grandes figuras de la literatura colonial de Hispanoamérica.

University of Southern California

HÉCTOR H. ORJUELA

JOSÉ A. BALSEIRO, *Expresión de Hispanoamérica*. Primera Serie. Prólogo de Francisco Monterde. Instituto de Cultura Puertorriqueña. San Juan de Puerto Rico, 1960.

José A. Balseiro nació en Puerto Rico en el 23 de agosto de 1900. Hizo sus estudios primarios en su país natal y los secundarios en Baltimore, Estados Unidos. En 1921 obtuvo el título de abogado en la Universidad de Puerto Rico. De 1922 a 1928 residió en España, desde donde viajó a otros países de Europa. En Madrid fue secretario de la sección de literatura del famoso Ateneo, frecuentó el Centro de Estudios Históricos, donde se vinculó a prestigiosos hispanistas de España, Europa y América y dio conferencias en la Casa del Libro. En 1929 volvió a Puerto Rico, donde trabajó, por el lapso de un año, como redactor, editorialista y crítico del diario *El mundo*. Era ya el poeta de varios libros elogiados por

conocidos modernistas de España, como Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa. Asimismo había publicado tres novelas y los dos primeros volúmenes de *El vigía*, colecciones de "ensayos de crítica literaria y musical", cuyo primer tomo mereció el premio de la Real Academia Española de la Lengua en 1925, y el segundo, de 1928, el reconocimiento de Miguel de Unamuno y Gregorio Marañón. Ya desde 1921 era miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua, a la que ingresó propuesto por Francisco Rodríguez Marín, Serafín Álvarez Quinteros y Julio Casares. Recomendado por el gran hispanista norteamericano Carroll Marden, se inició como profesor de literaturas hispánicas en la Universidad de Illinois, donde enseñó de 1930 a 1933 y de 1936 a 1938. De 1933 a 1936, y por recomendación de don Ramón Menéndez Pidal, enseñó en la Universidad de Puerto Rico. Desde 1946 es profesor de la Universidad de Miami. Ha sido, además, profesor visitante y conferencista en las siguientes universidades de Estados Unidos: Iowa, Northwestern, Alabama, New York, Wisconsin y California. También fue profesor visitante de las universidades de México y La Habana. Balseiro es miembro del Ateneo Puertorriqueño, de la Academia de la Historia, de España, del Instituto Sarmiento de Sociología e Historia de Buenos Aires, de la Modern Languages Association y del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, cuya presidencia ejerció en el período de 1955-1957 y organizó uno de los más brillantes congresos de dicha institución: el celebrado en Puerto Rico en 1957. Actualmente es vicepresidente del mencionado Instituto.

La obra de Balseiro comprende poesía, novela, teatro y ensayos críticos, además de su labor pedagógica, conferencias, ediciones con fines docentes, etc.

Como poeta se inició en 1919 con *Flores de primavera*, poemario de juventud, dentro de módulos románticos y atisbos modernistas. Sus tres libros posteriores: *Al rumor de la fuente* (1922), *Las palomas de Eros* (1924) y *La copa de Anacreonte* (1924; prólogo de Eduardo Marquina y epílogo de Francisco Villaespesa), evidencian formas y cualidades del modernismo triunfante, con fondo de filosofía vital, y tonos y motivos de ascendencia clásica refinados por el Parnaso. Con *Música cordial* (1926) se introduce en la vanguardia poética de Hispanoamérica, y con *La pureza cautiva* (1946; prólogo de Alfonso Reyes) logra la total madurez poética. Luego vienen *Saudades de Puerto Rico* (1957; incluye *La pureza cautiva* y lleva prólogo de Manuel García Blanco), delicada y sincera evocación de su tierra, y por último, *Visperas de sombra y otros*

poemas (1959), reseñado en el número 50 de esta revista por Eugenio Chang-Rodríguez.

Como novelista Balseiro se inició en 1922 con *El sueño de Manón* Josefina Rivera de Alvarez, en su *Diccionario de Literatura Puertorriqueña* (Universidad de Puerto Rico, 1955, p. 202), registra cinco novelas más: *La ruta eterna* (1923), *La maldecida* (1923), *Cuando el amor nace* (s.f.), *En vela mientras el mundo duerme* (1953) y *La isla sin alma* (inédita).

Con respecto al dramaturgo, Francisco Monterde, en la introducción al libro que motiva esta nota (p. 8), dice: "... al elegir el fragoso camino del teatro, dio su comedia dramática *Don Juan Love*, que podrá llegar al escenario de Hispanoamérica digno de acoger obras como ésta, en que el interés se apoya en la calidad del estilista".

José A. Balseiro ha logrado un prestigio internacional de primer rango entre los escritores hispanoamericanos de este siglo con sus ensayos de crítica literaria y de interpretación de la realidad hispánica. En esta labor sus títulos representativos son: *El vigía* (tres tomos: tomo I, Madrid, 1925; tomo II, Madrid, 1928; tomo III, 1942); el tomo segundo, reimpresso en Puerto Rico en 1956, lleva prólogo valorativo de Gregorio Marañón); *Novelistas españoles modernos* (New York, 1933); *El Quijote de la España contemporánea: Miguel de Unamuno* (Madrid, 1935); *Blasco Ibáñez, Unamuno, Valle Inclán, Baroja, cuatro individualistas de España* (University of North Carolina Press, 1949; prólogo de Nicholson B. Adams), *Eugenio María Hostos, Hispanic America's Public Servant* (University of Miami Hispanic America Studies, 1949) y *Expresión de Hispanoamérica. Primera serie* (1960).

Alfonso Reyes ha caracterizado la personalidad y la obra de Balseiro en esta ajustada síntesis: "Caballero de verso y prosa, fino puertorriqueño andante, varón español y universal, que ha demostrado pericia en la novela, la crítica y la cátedra; que ha paseado por medio mundo el alborozo tropical que lleva en la sangre; mordido mil veces por soledades y siempre libertado en alas de las palabras..." Además, su obra de investigador y ensayista ha merecido el encomio de Marcel Brion, Havellock Ellis, G. Aubrey Bell, Farinelli, Unamuno, Marañón, etc. En todo caso se destaca al estudioso serio, al agudo ensayista, al crítico fino y eficaz. Sus páginas sobre los novelistas españoles y sobre Hostos serán siempre consultadas y muchas de ellas se han convertido en fuente imprescindible para quienes enseñamos la materia en universidades norteamericanas.

El libro que ahora nos ocupa —*Expresión de Hispanoamérica*— continúa la tradición de los grandes idealistas que inician con Rodó una definición de nuestras letras y buscan la expresión auténtica de nuestra cultura. Son ensayos *en busca de nuestra expresión*, como los del sabio y noble maestro Pedro Henríquez Ureña, también antillano, respetado y admirado por Balseiro. Se comprende, pues, que los dos primeros capítulos estén dedicados a precisar el nombre de nuestro continente artístico y cultural: *Hispanoamérica*, preferentemente, y también "Iberoamérica", pero no "Latinoamérica", nombre que debió darle algún francés del siglo XIX y que place mucho a la gran mayoría de los norteamericanos y a no pocos de la América Hispánica; esta última designación fue la preferida por Pedro Henríquez Ureña. Nombres, lenguas, geografías, razas... sí; pero, ante todo, ideas. He aquí la posición de Balseiro: "Para mí un americano —en el sentido hemisférico de la palabra— y un americanista —en el sentido creador del vocablo— es un hombre que tiene en común con los demás habitantes del Nuevo Mundo un repertorio de ideas, de sentimientos, de aspiraciones que deben servir, y que sirvieron muchas veces, para mantenerles en solidaridad: por encima de fronteras y zonas, y más allá de las barreras del lenguaje" (p. 24). Para Balseiro el problema fundamental del Nuevo Mundo no es cuestión de nomenclatura, ni siquiera de lengua, ni menos aún de raza o de religión, de economía o de política: "Lo vitalmente importante es la solidaridad continental: el respeto a la dignidad de cada uno de sus pueblos, sin que ninguno de ellos pierda su carácter; pero rechazando vicios que los apartan y emulando virtudes que pueden acercarlos constructivamente" (*ibíd.*). Y ese elemento definitorio, "vitalmente importante", está en "los principios éticos reveladores de inteligencia moral". Sería esto, sin duda, el matiz distintivo de nuestra autenticidad expresiva, por ahora, que Alfonso Reyes llamó la "inteligencia americana". Adquirir y reconocer esa "conciencia individual" de nuestros pueblos, interpretamos nosotros, significa confirmar "la diversidad dentro de la unidad", idea cara a Hostos y a otro gran hispanoamericanista: Baldomero Sanín Cano.

Se explica asimismo que el segundo capítulo esté dedicado a una "Confrontación de las Américas", donde el espíritu generoso y noblemente contemporizador de Balseiro acopia con preferencia lo que hay y debe haber de positiva solidaridad y complemento común entre las dos Américas. Es éste un ensayo que llamaríamos de "buena voluntad", que es lo que fundamentalmente se requiere en estos tiempos. El análisis objetivo de un pasado de nefastos desencuentos requiere otro tipo de

documentación, la que, por otra parte, está en gran medida realizada (Véase, por ejemplo, José de Onís: *Los Estados Unidos vistos por escritores hispanoamericanos*, Madrid, 1956; o Samuel Flag Bemis, *The Latin American Policy of United States*, New York, 1943; o el reciente libro de Angel del Río, *El mundo hispánico y el mundo anglo-sajón en América. Choque y atracción de dos culturas*, Buenos Aires, 1960). Balseiro recomienda: "... enterrando complejos, de una y otra parte, que tanto dañan; mirándonos con limpieza y apoyándonos en la mutua estimación para completarnos, disminuirémos la pobreza material; y contribuiremos a salvar para la humanidad el espíritu cristiano de nuestra civilización" (p. 48). En el fondo de ese interés primario de comprensión mutua está el principio de la unidad continental, fundamento de nuestra salvación. Ni estrechos nacionalismos ni mesianismos avasallantes; ni disensiones internas, ni ilícitas intervenciones de dominación única. Solidaridad, colaboración, ayuda franca: armonía. Espíritu amplio y cosmopolita, para que América sea "el Continente de la Esperanza soñado por Bolívar para cuantos ansían vivir libres y en paz. Porque favorecida por la afluencia de plurales inmigraciones, en el norte y en el sur, desde sus orígenes estuvo predestinada a establecer un tipo ecléctico de civilización, pero característicamente propio" (p. 30). Balseiro analiza, con lucidez y franqueza, las causas de pasadas rencillas, provenientes de debilidades y vicios congénitos o de errores políticos debidos al egoísmo, la ambición, el abuso, etc.; interpreta las causas que condujeron a la democracia y la estabilidad de la América anglo-sajona, y a la anarquía, el caudillismo y las constantes revoluciones de la América hispánica; razona sobre los vaivenes del panamericanismo y propone un ideal de vida colectiva que asegure el respeto a la condición humana: la libertad individual al servicio del bien común como aspiración universal: "¡Qué bueno si nuestras generaciones corrigen cuanto tienda a separarse de esa orientación para confirmar y consolidar cuanto la honre"! [...] "Sobre todo en hora de crisis universal, cuando el Anticristo corre desbocado y quiere darle al César hasta lo que es de Dios por ser patrimonio del alma" (p. 48).

... Ideas básicas de Bolívar (solidaridad americana), de Hostos (unidad en la variedad), de Martí (desinterés, justicia, aspiración a la universalidad de los valores nativos y de las virtudes esenciales del género humano) presiden las meditaciones de Balseiro, espíritu de visión tan nítida como la luminosa amplitud de los próceres de nuestra independencia, según él mismo apunta con acierto: "No fueron los prohombres de aquella América almas provincianas, presas en estrechos nacionalismos.

Héroes continentales, las fronteras les sirvieron de trampolín para abrirles campos mayores al pensamiento y a la libertad de un mundo nuevo. No eran los suyos ojillos miopes que sólo ven lo que les toca de cerca. Señoreaban en visiones de luengos horizontes y de grandezas unánimes sin impotentes divisionismos. Soñaban y luchaban, servían y creaban no fraccionando a su América, sino universalizándola como unidad vital" (p. 95).

Los capítulos que siguen estudian en diferentes autores aspectos que concurren a demostrar estas afirmaciones. Así, en "Tres momentos de la poesía española en América", destaca a tres españoles universales (Ercilla, Balbuena, Pedro Salinas), quienes penetrados de esencias americanas, las hicieron vida y alma de sus cantos y las levantaron en ponderación de eternidad. Así también en "Algunos signos políticos de las letras de la América española", donde delata y censura consignas que ciegan aun a los mejor dotados y entorpecen lo que en el capítulo siguiente llama "El mensaje egregio". Frente a estas desencaminadas conciencias de la creación artística —no por más brillantes menos cegadoras—, Balseiro alecciona una y otra vez con los ejemplos de Hostos, "servidor público de América" (cap. 6), de Martí, con su "sentido de la justicia" (cap. 8), Gabriela Mistral (cap. 11) o Juana de Ibarbourou (cap. 12.) En "Cuatro enamorados de la muerte en la lírica hispanoamericana" nos da una justa comprensión del desarrollo de ese tema en Martí, Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva. En "La grandeza, el caballo y el canto" (cap. 9) estudia cómo los elementos que rodean al artista pueden convertirse en objetos estéticos. Tal en la Argentina, por ejemplo, con la pampa, el caballo y la guitarra. "Revisión de Hernández Catá" es un complemento a otros trabajos con que Balseiro ha contribuido a revalorar a uno de nuestros más interesantes prosistas. El capítulo 13 está dedicado a "Heitor Villa-Lobos: su personalidad y su música", donde, además de ofrecernos una singular visión del insigne creador de los "choros" y las "bachianas brasileiras", resume, en adecuada síntesis, el panorama general de la música brasileña. Concluye el libro con un estudio magistral sobre "La danza puertorriqueña", amplio en el saber y pleno de finas observaciones.

Balseiro es un crítico cabal. De vastísima cultura, no hace de la erudición pesado lastre de vanas exhibiciones. Diríamos con Maritain que el saber para conocer se convierte en un saber para hacer. Poeta, creador, artista del estilo, sabe que la literatura no es pura voluntad de forma, sino razón de ser del hombre mismo como máxima expresión de vida y

suprema realización del espíritu. Por eso, sus estudios y ensayos, como método crítico, parten de la génesis del fenómeno creador para explicar por él, no sólo valores de belleza artísticamente lograda, sino y ante todo, el mensaje vital, que es belleza humana, la más trascendente de todas. Literatura y vida, pues, como ejecución valedera del hombre en el tiempo.

State University of Iowa

ALFREDO A. ROGGIANO

